

querido S. Nicolás, que parezca la preseña que me falta. Extraña sencillez aunque nacida de una devoción tan ciega, como si Cristo Señor Nuestro, autor de los milagros, no pudiera hacer que pareciese la preseña perdida sin la intervención de S. Nicolás. Así parece la devoción sencilla del historiador de éste caso, que quiere que la Virgen Santísima necesitase del cinto de la religión para el milagro de la salud de D. Juan; he dicho esto por satisfacer á la calumnia que le impone el Maestro Cisneros de haber callado con cuidado la circunstancia de ser de la religión de Nuestro Padre San Agustín, y en ella del P. Coruña el cinto con que mandó la Virgen Santísima de los Remedios que se ciñese D. Juan para conseguir la salud, y todo lo hereferido en este capítulo, para que se vea cómo Fr. Bartolomé de Olmedo fué quien colocó esta Soberana mágen en el altar que se hizo en el Cu de Tlatilulco, donde le dijo misa y celebró fiestas el tiempo que estuvo en él.

CAPITULO XI

De lo que Fr. Bartolomé obró en Cempoal y la prudencia con que se portó con Pánfilo de Narvaez para que Cortés ganase su ejército.

Estando el capitán Hernando Cortés con Fr. Bartolomé y sus nobles y valerosos capitanes en México, y tratando con el gran Montezuma de asentar fija la obediencia á nuestro soberano emperador Carlos V. y de introducir en ésta tierra la santa fé católica, y borrar de los corazones de los indios la abominable adoración de sus ídolos, pues para ello tenían ya su ermita y altar en el mismo Cu de Tlatilulco, y en él colocada la Santa Cruz y la milagrosa Imágen de Nuestra Señora de los Remedios; llegó noticia de que había llegado á Villarica una armada, que se componía de diez y nueve bajéles, y en

ellos mil y cuatrocientos soldados, con muchos tiros de artillería, pólvora y balas, ochenta hombres de á caballo, noventa ballesteros y setenta escopeteros, de que venía por general Pánfilo de Narvaez, íntimo amigo del gobernador Diego Velazquez; con designio de apoderarse de ésta tierra y que prendiesen á Cortés y le quitasen lo que habia ganado. Y aunque de todo este intento tuvo noticia la real Audiencia de Santo Domingo, y los monjes Gerónimos que la gobernaban y en nombre de su Magestad requiriendo al dicho Diego Velazquez para que no enviase dicha armada contra Cortés, porque era destruir la conquista que tan gloriosamente habia empezado; sin embargo no quiso desistir de su intento el dicho gobernador ni aun el mismo Pánfilo de Narvaez, pues no hizo caso del Lic. Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de aquella audiencia, á quien la misma Real Audiencia y los gobernadores habian enviado para atajarle, ante el dicho Narvaez le prendió y embarcó para la isla de Santo Domingo, sin mirar que era ministro de su Magestad.

Luego que Cortés supo que Pánfilo de Narvaez habia desembarcado en San Juan de Ulúa y los designios con que venía, que habia querido

prender á Gonzalo de Sandoval, valeroso capitán de Cortés, y alcaide de la fuerza de dicha Villarica, y asimismo que para conseguir su intento dicho Narvaez se carteaba ya con Montezuma, diciéndole que Cortés y los demás capitanes y soldados, era gente ruin y huida de España y rebeldes á su Rey y Señor, y que él y los suyos que venian en la armada eran los verdaderos vasallos del emperador Carlos quinto, y que así venian en su nombre y otras cosas que el dicho Narvaez decia y hacia muy indignas. Trató Cortés de poner remedio á ello y atajar tantos daños como de ésto se seguirian, y determinó dejar en México á Pedro de Alvarado con ochenta soldados, y se le encargó á Montezuma que mirase por él, con lo cual salió de México con los demás compañeros y soldados que tenia, y á largas jornadas se encontró con Gonzalo de Sandoval, que le dió noticia de todo lo que habia hecho Pánfilo de Narvaez, y cómo se habia apoderado de la Villarica, y estaba en Cempoal donde habia formado ejército contra Cortés. Oido todo ésto, se intentaron todos los medios que podian de paz entre los dos generales; mas viendo Cortés que Narvaez no venia en ello, hubo de valerse de su valor y maña, que fué resolver que Fr. Bartolomé de Olmedo fuese al Real de

Narvaez, y se le diese por muy amigo, para que así le descubriese sus intentos, y reconociese la gente y peltrechos que traia, y para que con su prudencia y sagacidad, tratase de suerte que venciesen al dicho Narvaez; y así se consiguiese que Dios y el Rey fuesen servidos en la conquista que tenían entre manos; y aunque Fr. Bartolomé se escusó de ésta embajada, diciendo que este no era oficio de religioso, y que tambien los del ejército de Narvaez eran cristianos como los de Cortés; sin embargo, todos los capitanes, caballeros y soldados del ejército y compañía de Cortés, le instaron à Fr. Bartolomé à que hiciese la embajada, porque conocian su buen juicio, ingenio y prudencia, y que aquello convenia al servicio de ámbas Majestades, pues con ésto se evitaría el escándalo que se habia causado á los indios y al mismo Montezuma por las cartas de Narvaez, pues viéndolos pelear unos con otros, siendo cristianos y todos vasallos de un mismo Rey, es cierto que se escandalizarian y perderian el concepto que tenían de nosotros, con lo cual hallándose convencido Fr. Bartolomé, habiendo hecho muchas protestas, obedeció á Cortés, y encomendando muy de veras á Dios negocio tan árduo, en que sin duda alguna consistió lo principal de la conquista de

ésta nueva España, fué al Real de Narvaez en la forma que aquí se dirá, para cuya claridad lo diré en la misma forma que lo refiere Bernal Diaz como testigo digno del mayor crédito y que se halló presente á todo.

Dice pues éste autor en el capítulo ciento diez y seis de su historia de nueva España lo siguiente: "Y pues como ya estábamos en aquel pueblo todos juntos, acordamos que con el Padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez que decia ella así, (pondré por mayor las razones de la carta), que fué lo primero dándole la bienvenida á Narvaez, y reconviniéndole que no habia querido responderles á otra que ántes le habian escrito, y que siendo ellos tan leales vasallos de su Majestad, los trataba con calumnia de traidores, y que tenía ya revuelta toda la tierra con las cartas que habia escrito á Montezuma, que le han ofrecido medios de paz y conveniencias en ésta tierra, y no ha querido aceptarlos, que si trae órdenes y provisiones reales que muestre los originales de ellas para obedecerlas con toda prontitud como fieles vasallos de su Majestad, y no ha querido hacerlo, que le requerian en nombre de Dios y su Majestad del Rey nuestro Señor, mostrase auténticos despachos y se notificasen en forma, que para obede-

cerlos pecho por tierra habian venido á aquel pueblo de Fanguenequita; y que si no trae los despachos que refiere, se vuelva á Cuba y no alborote la tierra, protestando que de no hacerlo así, irán á aprehenderlo y remitirlo preso al Rey nuestro Señor, y que todos los daños como muertes, fuegos y menoscabos que sucedieren, serán por su cargo y cuenta; y que ésto se le escribe ahora en carta misiva, por no haber escribano que se atreva á ir á notificárselo en forma porque no le prehenda y le haga el gran desacato que hizo con el Lic. Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de su Magestad, y que por éste desacato, y lo que ha intentado alborotando éste reino, le cita y emplaza, como capitan general y justicia mayor de á questa nueva España, para demandàrsele usando de justicia, pues es lo que ha cometido crimen de «lesae magestatis;» y que tambien le requería que luego volviese al cacique gordo las mantas, ropas y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y asímismo las hijas de Señores que nos habian dado sus padres, y que mandáse á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Todo ésto contenia en suma la carta que se le escribió á Narvaez, y la firmaron Cortés y los capitanes, y el mismo Bernal Diaz del Castillo

que lo refiere, y otros soldados; y con ella fué el mismo fraile con un soldado que se llamaba Bartolomé de Vsagre porque éste era hermano del artillero Vsagre, que tenia á cargo la artillería de Narvaez; y así llegaron juntos nuestro religioso y el Vsagre al pueblo de Cempoal donde estaba Narvaez; y por ser dilatada la embajada, la pondremos como lo hace Bernal Diaz en otro capítulo, sin hacer en él más que referir á la letra lo sucedido como lo cuenta el autor.

CAPITULO X.

De cómo Fr. Bartolomé fué á Cempoal á donde estaba Narvaez, y todos sus capitanes, y les dió la carta, y lo que pasó con ellos.

Como el fraile de la Merced llegó Real de Narvaez, sin más gastar yo palabras en tornarlo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué á convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Martín, que así se llamaba, y á el Vsagre, que tenía también cargo de los tiros, y para mejor le atraer, fué un su hermano de Vsagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano; y asimismo repartió el fraile todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro Real á ver con Cortés: y además de esto ya el fraile había ido á ver y á hablar al

Narvaez, y á hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, y aconsejaban al Narvaez que luego lo prendiese, así lo quería hacer, y como lo supo Andrés de Duero que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez también era de tierra de Valladolid, ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado, y preeminente el Andrés de Duero, fué á Narvaez y le dijo que le habían dicho que quería prender al fraile de la Merced, mensajero y embajador de Cortés, que mirase que ya que se tuviese sospecha, que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prenderle, pues que claramente se ha visto, cuanta honra é dadas de Cortés á todos los suyos del Narvaez, que allá van, é que el fraile á ha hablado con él, después que allí ha venido, y lo que siente de él, es que desea que él y otros caballeros del Real de Cortés se vengan á recibir y que todos fuesen amigos; é que mire cuanto bien dice Cortés á los mensajeros que envía, que no le sale por la boca á él, ni á cuantos con él están, sino el señor capitán Narvaez, y que sería poquedad prender á un religioso, é que otro hombre que

vino con él, que es hermano del Vsagre el artillero, que le viene á ver, que convide al fraile á comer y le saque del pecho la voluntad, que todos los de Cortés tienen: y con aquellas palabras y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narvaez: y luego desque esto pasó se despidió Andrés de Duero, del Narvaez, y secretamente habló al Padre lo que habia pasado, y luego el Narvaez envió á llamar al fraile, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagáz) le suplicó que se apartase con él en secreto, y el Narvaez y el fraile se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: Bien entendido tengo que V. m. me quería mandar prender, pues hágole saber Señor, que no tiene mejor, ni mayor servidor, en su Real, que yó, y tenga por cierto, que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querian ya ver en manos de V. m. y así creo que vernemos todos; y paramás le atraer, á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvarios, firmada de los soldados que me dieron que diese á V. m. que no la he querido mostrar hasta agora que viene á plática, y en un rio la quise echar por las necesidades que en ella trae, y ésto hacen sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar; y el Narvaez

dijo, que se le diese; y el fraile dijo; que se la dejó en su posada y que iría por ella; y así se despidió para ir por la carta. Y entretanto vino al aposento de Narvaez el bravo Salvatierra, y de presto el fraile llamó á Duero que fuese luego en casa de Narvaez, para ver darle la carta, que bien sabía ya el Duero de ella, y áun otros capitanes de Narvaez, que se habian mostrado por Cortés, porque el fraile consigo la traia, sino porque estuviesen juntos muchos de los de aquel real, y la oyesen. Luego como vino el fraile con la carta se la dió al mismo Narvaez, y dijo: no se maraville V. m. con ella, que ya Cortés va desvariando, y se cierto, que si V. m. le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae. Dejémos de razones del fraile, que las tenia muy buenas, y digamos que le dijeron á Narvaez los soldados y capitanes que leyese la carta; y desque la oyeron dizque hacian bramuras el Narvaez y el Salvatierra, y los demás se reian, como haciendo burla de ella; y entónces dijo el Andrés de Duero; ahora yo no se como sea ésto, yo no lo entiendo, porque éste religioso me ha dicho, que Cortés y todos se le darán á V. m., y escribir ahora éstos desvarios, y luego de buena tinta. Tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustin Bermudez,

que era capitán y alguacil mayor del Real de Narvaez, y dijo: ciertamente también he sabido de éste fraile de la Merced, muy en secreto, que como enviase ciertos terceros que el mismo Cortés venia à verse con V. m. para que se diese con sus soldados, y será bien que envíe á su Real, pues no está muy lejos. al Sr. veedor Salvatierra y al Sr. Andrés de Duero, y yo iré con ellos; y ésto dijo adrede, por ver qué diría el Salvatierra; y luego dijo el Narvaez que fuese el Andrés de Duero y Salvatierra; y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto y que no iría á ver un traidor; y el fraile le dijo; Señor veedor bueno es tener templanza, pues está cierto que le tendreis preso antes de muchos dias. Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto, trató el Narvaez con el mismo Duero, y con tres capitanes, que tuviesen maneras con el Cortés, como se viesen en unas estancias, y casas de indios, que estaban entre el Real de Narvaez y el nuestro, y que allí se darían conciertos, donde habíamos de ir con Cortés á poblar, y partir términos, y en las vistas se prenderían, y para ello tenia ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos, lo cual luego supo el fraile del Narvaez y del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo,

Dejémos al fraile en el Real de Narvaez que ya se habia hecho muy pariente y amigo de Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Burgos.

En fin de este capítulo y de lo que dice despues en el capítulo ciento veinte Bernal Diaz del Castillo, se cojió bien la prudencia, y agudeza de ingenio de Fr. Bartolomé de Olmedo, en los medios de que usó en su embajada, en que consistió toda el buen suceso de Cortés, y el proseguirse la conquista de Nueva España, pues es cierto que si sucediera al revez, ó no hubiera ejecutado esta acción mañosa Fr. Bartolomé, no sabemos el suceso que hubiera y las muertes y escándalos que se siguieran; pero por el buen celo en servicio de ambas Magestades; y por la buena disposición de tan discreto religioso; cojió Cortés á Narvaez no muy bien apercebido, y viniendo á batalla le prendió y le llevó consigo, agregó á su ejército todos los soldados de Narvaez, y de todos hizo y junto más de mil quinientos soldados españoles, que llevó á México á continuar su valerosa conquista de este reino.